

APUNTES DE VIAJE.



UNA VISITA A FUENTERRABÍA.

El 26 de Febrero de 1883, varios amigos, jóvenes, que deseábamos reunirnos para comer y pasar un rato de solaz, decidimos festejar este acontecimiento en la reputada fonda que existe en la Marina de Fuenterrabía.

Al día siguiente, 27, á las nueve y pico de la mañana, tomábamos con direccion á Irún el exprés descendente que entónces pasaba por San Sebastian á dicha hora.

A poco de salir de la estacion, amenazó convertirse nuestro wagon en verdadero campo de agramante, en verdadera lucha de Tirios y Troyanos. En efecto, las palabras poco acertadas (aunque no la sin razon) con que unos señores extranjeros que con nosotros viajaban, criticaron nuestro material de vías-férreas, irritaron de tal manera las pulgas, ya de por sí harto irritables, de uno de nuestros compañeros, que en un momento se cruzaron las réplicas con los comentarios y se armó zambra general en todo el coche. Fué creciendo el *zipizape*, conforme el tren, crujiendo y rechinando, silbando y soplando, iba devorando kilómetros á toda velocidad; aumentó aún más al elevar la voz los contendientes cuando el tren pasaba bajo el túnel y sobre el puente metálico que separa á Rentería de Ancho-Pasajes, y si los extranjeros

no juzgan prudente excusar cortesmente sus apreciaciones, y la estacion de Irún, donde teníamos que bajar, no se presenta de improviso, las fazañas célebres de franceses y españoles que bajo Carlos y Franciscos tuvieron por teatro las playas y campos vecinos, hubieran contado con un nuevo termino de comparacion.

La excursion, que iba tomando todo el aire de una expedicion guerrera, se volvió al poco rato pacífica y alegre, adecuándose así al carácter general de los que la componíamos.

En la estacion de Irún tomamos varios coches, y á pocos minutos cruzábamos frente al convento y á la alta cruz que tienen los frailes capuchinos á medio camino de Fuenterrabía. Al pasar frente á aquel edificio de paz, observamos á los monjes que se ocupaban en trabajos de huerta y de poda con sus secadores en la mano. Segun nos dijeron, estos religiosos hacian mucho bien en los alrededores, y ensayaban procedimientos de cultura de que luego solian beneficiar no pocos pobres y los campesinos de las cercanías.

En la alameda de árboles que está á la entrada de la ciudad nos esperaban varios amigos, los cuales, durante todo el dia, nos sirvieron por doquier de amables cicerones.

Con tal motivo, X..., que nos acompañaba desde San Sebastian, cedió á su manía de darle á todo un carácter oficial, inaugurativo y solemne á la usanza francesa, así como á su no ménos arraigada de querer llevar ó traer la representacion oficial de algo ó de alguna cosa que este algo ó alguien se lo haya ó no encomendado. Con esto y con las bromas que á X... se le dieron, tuvimos un rato de buen humor.

Poco despues subíamos pausadamente la cuestecita que da acceso á la ciudad por la parte de levante, ó sea por su entrada principal.

Desde este sitio, Fuenterrabía, iluminada por los rayos del sol de la mañana, vibraba con el blanco deslumbrador de sus casas encaladas, tanto más lucientes por la oposicion y contraste con la lobreguez de sus calles y las sombras proyectadas por los inmensos aleros de sus edificaciones.

La luz, tropezando en los relieves de las esculturas y en los lienzos de sus murallas, acusaba los planos con mayor intensidad, hiriendo aquí el oro de sus piedras y azulando acullá los senos de las sombras.

El aspecto general de la poblacion se presta mucho á comparaciones y al recuerdo de otras ciudades clásicamente españolas, como Toledo, y en las que sin querer se busca la efigie de un Rinconete, la de

un Cortadillo ó la de un pícaro Guzman de Alfarache. Sin embargo Fuenterrabia no es la ciudad *orientalizada* por algunos viajeros ultrapirinaicos, los cuales nos la pintan tan á lo *andaluz* y aún á lo *árabe*, que más parece pintura de Ronda la bética que trasunto de la célebre ciudad euskara.

Fuenterrabia es del tipo genuino de nuestras poblaciones de allá por la época de los Austrias, y esta edad de nuestra historia, que es sin duda una de las más conocidas y popularizadas en el extranjero, merced á lo mucho que entonces figuramos en la historia de todos los pueblos, ha solido echar á los visitantes aludidos en más de una divagacion y anacronismo modernos.

Éntrase en Fuenterrabia por una puerta baja ó rastrillo antiguo, flanqueado por dos torres de planta circular y sobre la cual se ostentan con las armas españolas, las águilas y la corona austriacas y los títulos de la ciudad.

Fuenterrabia es M. N. M. L. M. V. Y. M. S. F. Es decir, Muy Noble, Muy Leal, Muy Valerosa Y Muy Siempre Fiel ciudad. Y esto me trae á las mientes el abuso que cometemos en España con los títulos oficiales en la redaccion de los documentos públicos y administrativos.

Nada habria que argüir contra tal costumbre, si se le aprecia bajo el punto de vista exclusivo de la arqueología, mas como quiera que en todo caso los monumentos y los pergaminos pueden dar fe de dichos títulos y de las glorias que los motivaron, no veo la necesidad de repetirlos á saciedad en los documentos ordinarios á que me refiero. Por el contrario, ha lugar á deplorar que no se busquen fórmulas sencillas que reemplacen y aun anulen á las que con tanta profusion de trazos, fuerza y abundancia de lanzadas de pluma, suelen ocupar la mejor y la mayor parte de las planas de nuestra papelería oficial.

¿Quién no ha recibido ó leído en su vida un documento de este género?... «El Excmo. Sr. Ministro de tal cosa con fecha tal me dice» lo siguiente: Excmo. Sr.: El Excmo. Sr. Director general de lo de «más allá, con fecha esta y aquella me dice lo que sigue: Excmo. señor Presidente de la junta consultiva de esto y aquello con fecha tal «y cual me dice... lo que traslado á V. E. etc. etc.»

¿Quién quiere más galimatías? ¡El que inventase mayores buen inventor será!

Mas volvamos á Fuenterrabia y hagamos un poquito de erudicion,

aunque sea á costa ajena, y pase por pedantería, mas hagámosla asimismo por lo que sirva.

Segun me indicó uno de nuestros cicerones está situada Fuenterrabía por 1.º 12,30º de longitud y 43º 21' y 50º de latitud del meridiano de San Fernando.

Segun *los unos*, Fuenterrabía es la antigua *Ondarrabia*, afirmacion que solo ha servido hasta el día para que los otros aseguren que su nombre viene de *Fons-rupita* ó *Fons-rapido* (como dice Mr. A. de Laborde en su «Itinerario descriptivo de España» escrito hácia 1809). ¡Buena *Fons* y buena *Rapita* nos dé Dios! Por mi parte opto y me adhiero á lo de *Ondarrabia*, que por lo de *ondarra*, del bascuence *arena*, me parece más claro y probable. En fin, hay quien afirma que Fuenterrabía fué la antigua *Oiarso* situada en las estribaciones del monte, cabo ó promontorio de este nombre en la embocadura del Bidasoa.

Este promontorio lleva hoy el nombre de Cabo *Higuer* segun *los unos*, é *Iguer* segun *los otros*.

El nombre de *Ocaso* que de Laborde le da en su citado *Itinerario* no puede provenir sino de un error de pluma ó de imprenta. He querido, sin embargo, apuntar esta curiosidad.

San Sebastian y Fuenterrabía son en Guipúzcoa las dos únicas poblaciones que gozan del título de *ciudad*.

Esta se encuentra situada en la márgen izquierda del Bidasoa, frente a la poblacion francesa de Hendaya y en la falda de una pequeña eminencia. «En una península» dice Mr. de Laborde.

El barrio de *La Marina*, compuesto de casas más modernas que las generales de la ciudad murada, depende tambien de Fuenterrabía y se extiende por la playa, camino de cabo Higuer. Es barriada de pescadores y como tal reviste con el aspecto pintoresco de los tenderetes de velas, redes, jarcias y hules impermeables el tipo general de estas aglomeraciones de gente de mar.

Segun Soraluze (padre), de Fuenterrabía y de su historia primitiva, solo existen tradiciones más ó ménos fundadas y vagas. Una curiosísima «Guia del viajero en España»¹ impresa en Madrid en 1843 y que conservo como oro en paño, no nombra siquiera á Fuenterrabía. El autor anónimo de un «Nuevo viaje en España» hecho de 1777

(1) Por D. P. Mellado, 2.^a edicion, en el Gabinete literario, Príncipe número 25.

á 1778, tampoco cita á Fuenterrabía. Mr. A. de Laborde habla así de ella en su itinerario:¹

«Es pequeña pero bien fortificada por la naturaleza y el arte. Está cubierta por el lado de tierra por altas montañas, las sierras de Jaizkibel, y defendida por el lado del mar por una buena fortificación. La sitiaron inútilmente los franceses en 1638; tiene un puerto que sería bastante bueno sin un inconveniente esencial (verdad de Perogrullo digna de admiración) pues la marea, que es allí generalmente muy fuerte, la deja á seco cuando las aguas bajan.

»Fuenterrabía está edificada en forma de anfiteatro sobre una colina situada frente al mar y en el ángulo mismo del golfo de Gascuña. Tiene gobernador, teniente-rey, mayor y ayudante de plaza y una guarnición más ó ménos numerosa.»

Fué destruida dos veces por el incendio; la primera en 1462, y la segunda en 1498; de este último solo se salvaron nueve casas.

Tuvo fábrica de pólvora hasta que... voló en 1684, y ha sido residencia de un célebre arceprestazgo hasta 1862.

Sus murallas debieron ser muy fuertes.

Hoy despues de vendidos en pública subasta los materiales de sus muros, van estos desapareciendo merced al esfuerzo combinado de la mina y del zapapico. Con sus destrozos se labran las nuevas casas de la población. Delante de nosotros saltó una mole considerable de uno de los cubos principales del recinto N. El mérito de este murallon reside en sus recuerdos históricos. Arqueológicamente, su valor es nulo, salvo contados elementos. La fortificación, por la parte de Poniente, está casi intacta y da una idea completa de su fuerza en las épocas en que estas eran útiles aún.

Todos nuestros historiadores dan cuenta de los numerosos asedios que han sufrido sus murallas y de las múltiples transformaciones que en ella se han operado.

No resisto al capricho de relatar uno de los hechos de armas más curiosos de que aquella fortaleza ha sido testigo, y que no há mucho se publicó en el *Correo militar*, y que es como sigue:

«Si no estuviésemos tan acostumbrados á los rasgos de valor y de heroísmo de los soldados españoles y á las atrevidas empresas que acometen aun en pelotones insignificantes en número, algún reparo

(1) Pág. 114=t. 3. Paris MDCCCIX.

tendríamos en evocar el recuerdo que hoy nos corresponde, temerosos de no ser creídos ó de llevar al ménos la nota de exagerados. El hecho, por fortuna, es bastante conocido.

El 11 de Marzo de 1813 asaltaron y tomaron el castillo de Fuenterrabía ¡quince soldados mandados por un sargento!

Este se llamaba D. Fermin Leguia y Vera, que como sargento primero mandaba un peloton.

En la tarde de dicho dia reunió á sus quince hombres, hizo con ellos sus cálculos y preparativos, y de noche, provistos de cuerdas y clavos, aproximáronse á las murallas sin ser vistos ni oídos, y con una maestría, precision y agilidad inconcebibles fueron fijando clavos en las junturas de las piedras, amarraron en ellos cuerdas y con auxilio de estas escalaron las murallas, sorprendiendo y desarmando á los centinelas. Se apoderaron de la guardia, tomaron las llaves del castillo, y con la agilidad del rayo, hicieron prisioneros á los artilleros que lo custodiaban, inutilizando los cañones, arrojando al mar las municiones gruesas, recogiendo fusiles y sables, apoderándose de la bandera del castillo y dando fin á aquella gloriosa empresa con el incendio de la fortaleza.

Los 16 regresaron sin pérdida alguna al campamento, á pesar de ser perseguidos por numerosos grupos de franceses que tras ellos habian salido de la plaza.

El general francés quedó atónito ante arrojo y temeridad tan grandes, y mucho más despues de presenciar los espantosos desastres que aquel puñado de valientes habian sembrado en el castillo.

El general Mina confirió al sargento Leguia el empleo de teniente, pidiendo enseguida su confirmacion al general Castaños, que no la hizo esperar.»

ADOLFO MORALES DE LOS RIOS.

(Se concluirá.)





APUNTES DE VIAJE.

UNA VISITA A FUENTERRABÍA.

(CONCLUSION)

Prosigamos ahora nuestra visita.

Los principales monumentos de la ciudad son su castillo ó alcázar, los palacios y casas solariegas de sus calles, su iglesia y alguno que otro rincón pintoresco y curioso para el artista.

Los excursionistas subimos, pues, la empinada calle mayor, extasiándonos aquí y allá ante el aspecto de sus preciosas casas, cada una con su estilo y carácter propios, esta de puro estilo del Renacimiento, con su portada acolumnada, sus frisos decorados, delicadamente dibujados y esculpidos por los émulos de los Palladio y de los Vignola, aquella más pesada y severa recordando la escuela de los Herrera, la de más allá contorsionada en sus líneas recuerda las épocas más cercanas de los Churrigueras y del arte *rococo*. Por doquier las cornisas y los aleros con su doble fila de talladas ménsulas de roble, los balcones forjados en los que lucieran su habilidad los famosos rejeros y ferreteros del país; los abalconados en forma de voladizos, sostenidos por canés de piedra que superponen así mismo sus salientes al igual

de los famosos de las casas de Rouen; las ventanas de primorosas y variadas forjas; las puertas claveteadas de preciosos clavos, los más de ellos arrancados por la mano vandálica del coleccionador; los martillos y las aldabas en forma de dragos boqui-abiertos y enojados; una esquina con sus pisos superpuestos y en saliente, sostenida por un solo puntal de roble, blanqueado el conjunto de una manera dolorosa; una casa con las armas de los Ladron de Guevara, ignominiosamente pintada de azul rabioso; los escudos de nobleza, parlantes de las glorias que los ilustraron, ornando las claves de las puertas, suspendiéndose en los ángulos de los edificios, trepando por sus cordones de fachada, florecientes en los lienzos de pared, rodeados de hojarascas heráldicas, ceñidos de guirnaldas esculpidas, adosados de grifos, leones y otras alimañas; en la faja de cielo que se apercibe por entre la línea negra y quebrada de los aleros el azul y en el fondo la iglesia con su torre churrigueresca, su portada románica vista de escorzo, su terraza, la masa negra del alcázar cerrando el conjunto, y un sin fin de curiosos, de chiquillos, con boinas multicolores, amontonados como á capricho por un artista y hábil escenógrafo, tal era el cuadro y el inolvidable espectáculo que se presentó á nosotros en aquella calle sin par en el mundo de lo pintoresco.

Los dos hermanos Z... no saciaban sus ojos, S... lleno de buenos propósitos como todos los artistas, se prometía, y lo que era aún peor, nos prometía, copias múltiples de cuantas esculturas nos placían. A... se entusiasmaba ante aquella profusion de detalles arquitectónicos. M... B... F... aunque declarándose incompetentes en materia artística, secundaban nuestras admiraciones, y todos sentíamos que no eran bastantes nuestros ojos para abarcar de una vez con lo pintoresco, lo delicado, con lo precioso, lo artístico de aquel conjunto admirable.

Todos comprendíamos la predileccion de Gomar, el famoso pintor andaluz, por estos asuntos guipuzcoanos que tan divinamente traslada al lienzo con su brillante pincel.

Desgraciadamente, este aspecto, como tantos otros semejantes, tienden á desaparecer ante las reformas modernas. Una de las principales y más bonitas casas de la calle Mayor, la ocupa un taller de carpintería. Otro tanto sucede en Zarauz con una famosa casa, y en Azpeitia con otra ideal edificacion, situada frente á la iglesia, y ya des-

graciadamente retocada. El día menos pensado, con las birutas estúpidas, arderán aquellas pequeñas maravillas.

Al llegar á lo alto de la calle Mayor, entramos en la iglesia, que no tiene mérito particular como edificio. Es un compuesto de arquitecturas superpuestas sobre una base ojival, en el que no faltan las nubes de merengue, los querubines soplando, y los rígidos rayos de la ornamentación churrigueresca.

El campanario, admirablemente situado en el eje de la calle, data, por su arquitectura, de la misma época en que florecieron la R. C.^a de Caracas y la de Filipinas. ¿Quizá algún rico donativo de un hijo del país llegado á la fortuna merced á dichas famosas y en un tiempo prósperas compañías? Sea de ello lo que se quiera, es curioso observar, que casi todas las torres de las iglesias guipuzcoanas y aun algunas alabesas datan de esa misma época, y parecen trazadas por la misma mano ó por una misma plantilla. Las grandes conchas marinas traídas de Indias, que en muchas iglesias del país sirven de pilas para el agua bendita, vienen asimismo á corroborar mi suposición.

En un altar se conserva un capitel de hermoso mármol blanco. Procede del Santo Sepulcro de Jerusalem, y fué donado á la iglesia no ha muchos años. También se custodia un candado y llave de aquella bíblica ciudad, con sus correspondientes auténticas.

Es lástima que la pobreza de la parroquia no permita instalar dichos objetos con el esmero que merecen. Eso mismo pensaba el célebre y malogrado bascófilo, maestro de Fuenterrabía, Sr. Otaegui, y el ilustrado sacerdote y modesto arqueólogo que nos acompañaron en aquella visita.

En el altar mayor había tres sillones antiguos de estilo Luis XV, en la sacristía, algunas buenas esculturas de madera (las cabezas de los apóstoles sobre todo), y en un pilar de la iglesia un tríptico gótico de alabastro, representando el martirio de Santa Catalina. En la sacristía debe recomendarse á los amantes de lo pintoresco, el balcón lleno de enredaderas perennes que da vista hácia el Bidasoa, río arriba, y que es de lo más lindo en su género que yo he visto. Recuerda mucho á aquellos miradores y balcones convéntuales de Italia que tanto han popularizado el pincel, la gouache y aun la fotografía.

También existe en la sacristía un apunte de Calvario (si mal no recuerdo) pintado por Echenagusia, el famoso *Echena*, hijo de Fuenterrabía y de cuyo apunte no me ocuparé por haber producido su autor,

con posterioridad, obras de mayor valía y mérito, y por las cuales ha llegado á alcanzar justo título de celebridad.

Subimos al archivo, últimamente descubierto y que en aquel momento habia empezado á poner en orden nuestro amigo Otaegui. Todo estaba lleno de polvo y desordenado. Un documento, el primero que me vino á las manos, trataba de motines en Irún en el siglo XVI y estaba lleno de datos interesantísimos, por lo que pude ojear.

De Herodes á Pilatos, de pergaminos á papeles entré en conversacion con un antiguo comerciante ó hijo de antiguos comerciantes de San Sebastian, retirado en Fuenterrabía, y el cual guardaba documentos de su familia muy curiosos para el que como yo es amante de antiguallas y papelerías oliendo á rancio con tal de que tengan algun interés y me sirvan de ilustracion.

Me llevó un momento á su casa, y allí pude dar un vistazo á la completa coleccion de cuentas y documentos comerciales que posee. Extracté de ellos algunas notas, y esto me vale el poderlas comunicar á título de mera curiosidad local.

Las cuentas fechan en 1836, cuando el país ardía ya en guerra civil.

Por dichas cuentas supe, (¡leed atentamente!) que un albañil llevaba 20 reales de vellon (veinte) en aquel entonces por el trabajo *de retejar una barraca y reparar las goteras de dos casas!*

Al empleado de la oficina que á la vez era *ordenanza del almacen* se le abonaban ocho reales diarios.

La suscripcion al *Boletín* por tres meses costaba doce reales.

Este comerciante compraba los ingredientes que le eran necesarios para hacer una *tarea* de chocolate destinado á su consumo domestico y pagaba veinte reales al chocolatero que la elaboraba en el zaguan de su propia casa.

Diez y seis libras de azúcar terciada costaban diez y seis pesos; tres cuartos de libra de canela valian cincuenta y dos reales, y la partida de hacer chocolate con estos elementos se halla así especificada:

Tarea de cholate para las tias, 97,14 rs.

Un carro cargado destinado á llevar mercancías del muelle al almacen ganaba cuatro reales por viaje.

A un tal Ignacio de Irigoyen como derechos de Junta de obras, consulado y misericordia, se le pagaban hasta treinta y tres reales por desembarco de cuarenta barriles de mantequilla de vaca salada.

Uno de los capítulos más curiosos por los años de eterna propina en que vivimos es el de:

Propinas de Reyes (1836-37) que dice así:

Al celador del muelle....	20 Rvn.)	} 62 rs.!
A los alguaciles.....	20 »	
Al amarrador Antonio....	10 »	
A los tamborinteros (sic)	4 »	
Al pregonero	4 »	
Al patron-correo	4 »	

El patron-correo llevaba la correspondencia en barca á *Zocoa*. Es un recuerdo de aquellos calamitosos tiempos. Es tambien curioso de notar que en dichas cuentas aparecen los nombres de *Zocoa* y de *Bidazoa* escritos con *z* y no con *s*. A. de Laborde tambien escribe con *z* el último de estos nombres. Recomendado á los euskarófilos como el amigo *Marzelino*.

En 26 de Enero de 1837 se apunta la partida siguiente:

«Por relacion del sitio de Bilbao remitida á Fernandez, 3 rs. vn.»

En 2 de Febrero:

«Por importe de dos calendarios remitidos á Fernandez, 2 rs. 12 céntimos.»

«Por dos proclamas de Evans y Jáuregui remitidas á Francia, 1 rl.»

Un cuadernillo de papel de escribir de marca extranjera, costaba un real y 14 centavos de real, una botella de tinta, 4 rs. vn., 16 centavos; y un cristal ordinario de ventana, 4 rs.

El recaudador de los Pios edificios cobraba *un real por cada jamon* desembarcado en el puerto de San Sebastian. Por descargar 200 jamones asturianos remitidos de Gijon, meterlos en 16 canastas, limpiar la mercancía y almacenarla, se pagaron 10 rs. vn. Por permiso de desembarque de dichos comestibles se pagaron 6 rs.¹

Por 15 jornadas de fiemo para el excusado se cobraron 100 rs. vn.

(1) Debe presumirse, por este dato, que estaba en desuso lo que establecía el capítulo X, título XVIII del Fuero de Guipúzcoa por el que se eximía del pago de todo derecho á los comestibles que entraban en la provincia para consumo de la misma. En los capítulos II, III y V del título XIX del mismo Fuero se consignaba así mismo que debía protegerse á toda *nao* que arribare á las costas de Guipúzcoa con comestibles,

Esto prueba lo caro de los productos que en aquella época (25 Marzo 1837) procedían del campo con destino á San Sebastian. ¡Tápense las narices! ¡Bien! Ahora: por dar vuelta en un día al fiemo del comun, (así, clarito) se pagaban cuatro reales á un jornalero de buena voluntad. ¡Destápense las narices! Paréceme que esos cuatro reales aunque fuesen de vellon y todo, pagaban flojamente aquel trabajo....

Mas volvamos á Fuenterrabía y dejemos la digresion.

Mientras yo me ocupaba en este curioso, mis compañeros visitaban el alcázar ó palacio de Cárlos V, ó casa-fuerte, como tambien se la llama, de D.^a Juana la Loca. Situada á uno de los costados de la plaza de armas: ocupa la parte más elevada de la poblacion.

Allí alcancé á mis amigos.

La antigua casa-palacio de los Césares españoles, es un inmenso cubo, negruzco, con pocos huecos al exterior por el lado de la plaza y que con dificultad se la tomaria hoy por palacio de ningun monarca pasado ó presente.

Dicen que su fundacion data del rey de Nabarra, Sancho Abarca, que en aquel lugar levantó una torre fuerte.

Al entrar, lo primero que choca es una tabla bastante grande pintada de blanco con letras negras en lengua extranjera; no sé por qué aquella tablilla, aquella herejía que podía estar menos aparente, me recordó en aquel momento los anuncios semi-religiosos, semi-comerciales de algunos templos protestantes y sinagogas. De todos modos aquel letrero produce un efecto detestable.

Del zaguán se pasa al patio completamente cubierto en todos sus frentes por un espeso manto de yedras, de enredaderas varias, de musgos y de yerbas parásitas á millares, cuyos matices seria difícil describir y que heridas por el sol producian los contrastes más armoniosos. D. y G. Z... andaban por todos lados, entornando los párpados, inclinando el busto hácia atrás como queriendo percibir objetos y escenas que solo sus imaginaciones reconcentraban y forjaban..., aquí colocaban un caballo blanco, sobre el fondo esmeralda y sombrío de yedra, con rico caparazon de seda carmesí... allá un soldadote rojo y negro junto al gris del abrevadero y de la escalinata, bruñe su cota de armas y su casco... acullá un mosquetero con casaca de ante amarillo y calzas azules, enciende su pipa sobre el fondo negro de aquel portalon... una moza limpia los cobres y sonrie junto á la puerta... Los tuvimos que arrancar á sus contemplaciones. El ala del palacio

que mira al mar y al castillo famoso de Hendaya, su rival hoy arruinado, está todo abierto por altas ventanas. Aquella parte fué durante muchos años habitación del gobernador militar de Fuenterrabía.

A la derecha del ingreso principal está el arranque de piedra de la carcomida, ruinoso y peligrosa escalera de madera que de piso en piso lleva á la plataforma ó azotea que hoy remata el edificio, el cual hasta no hace muchos años estuvo cubierto por un antiguo tejado.

Los pisos intermedios formados por suelos de grandes vigas de robles se componen de una gran galería sin divisiones (las que existen son modernas) que rodea el edificio y que toma luces del exterior por estrechas ventanas antepechadas. Otra serie de cuartos interiores circuidos por la galería antedicha y por la cual tienen acceso, debieron ser antiguas alcobas ó dormitorios y toman luces del patio central de que antes he hablado. El último piso está abovedado de fábrica y hormigon.

En este caseron estuvo el retén de voluntarios durante la última guerra civil.

El palacio del emperador Carlos V está hoy de venta.

El panorama que se goza desde la terraza que corona el edificio, es de todo punto admirable. Por un lado, el campanario de la vecina iglesia, cubre el espacio hácia Irún. Por levante se apercibe el puente internacional del camino de hierro, Hendaya y sus cercanías pobladas de villas y hoteles, su estacion y el curso del Bidasoa hácia los dos Behovias, y su otro puente, la carretera de Irún, la isla de los Faisanes ó de la Conferencia, y en el primer anfiteatro de montañas, los altos de San Marcial, tan gloriosos para nuestras armas. Más léjos Peña de Aya ó *las tres coronas*, como la llaman los franceses, y allá en el horizonte en azules siluetas, las sierras de Nabarra por Bera y Lesaca. Más cerca de nosotros las colinas del territorio francés, de suaves ondulaciones, van poco á poco bajando en el horizonte dejando apercibir como vapores ténues los picos del Pirineo hácia Pau. A la izquierda esas colinas terminan en acantilado sobre las espumosas olas del Océano que lo combate bajo el castillo propiedad del bascófilo Mr. d' Abbadie. En el extremo de esa lengua de tierras, dos peñascos erráticos, batidos por el mar, *las dos hermanas* ó *las dos gemelas*, forman el extremo de la embocadura del Bidasoa.

En la orilla izquierda y hácia el Norte rompen las aguas de la te-

rrible barra y vienen lamiendo la suave arena de la playa hasta el barrio de la Marina de que ántes he hablado.

En la orilla derecha, y más cerca de la tierra española que lo está Hendaya, el balneario y las pocas quintas de recreo de *Ondarraitzu*, el arenal en donde una compañía francesa proyecta crear una gran población y en el que á falta de edificios y otras muestras de edilidad existían portentosos carteles en donde se leía hace tiempo *Rue de la Mairie, Rue de l' Hôtel de ville, Rue de l' abattoir...* que hacían esperar ulteriores realidades que no se han llevado á cabo. No es solo en España en donde se edifican castillos... en la arena.

En la orilla española, al lado de la Marina estaba nuestro diminuto y elegante guarda-pesca *El Tajo* formando contraste con el feo y pesado *Epieu* francés, anclado bajo las pilas del puente internacional del ferro-carril.

Volviendo otra vez la vista hácia el cabo Higuer destácanse las estribaciones del Jaizquibel sobre las aguas y el azul del horizonte, serpentea el nuevo camino de aquel faro, se aperciben Guadalupe y su santuario, su calvario y la aguja de su basilica que recuerda la devoción á su milagrosa imágen de Nuestra Señora; (aún no se había empezado el fuerte actual de Guadalupe). Más hácia poniente, el anfiteatro de Jaizquibel, deja adivinar las cuencas de los diferentes arroyos que van á verter hácia Pasajes ó en el Bidasoa, se apercibe toda la llanada de Irún con sus tierras de pan llevar, sus trozos de labranza, cortados en cuadros, en rectángulos, en trapecios, alineándose, siguiendo las ondulaciones del terreno, interrumpidos aquí y allá por el ramaje plateado y desprovisto de hojas, de los macizos de árboles, poblada toda la vega por risueños y humeantes caserios, y adelante por doquier los rayos del sol hiriendo por destellos los acerados instrumentos de labor movidos por el hombre, llenaban de resplandores la llanura. Por todos lados á derecha é izquierda, allá en el fondo los labradores con el gesto típico del trabajo del campo se adivinaban más que se percibían por el ritmo de sus movimientos, ocupados en la labranza de la estación.

Por último, bajo el sol, frente á nosotros, hácia el Sur la estación de Irún, sus edificios reverberando con sus tejados de zinc y de cristal, la Aduana, y en el horizonte, valles, cerros, cumbres, eminencias, sierras, crestas, todo ello bañado por la luz que deslumbraba, confundido, desvanecido, como visto al través de espeso tul blanco,

Tras la contemplación y goce de aquel espectáculo, sonaron las

doce, la hora de comer, en el reloj vecino. Ahuyentó el sonido de la campana á los cuervos que en la alta torre anidaban y que ensordecidos arrancaron por el espacio en pesado vuelo abandonando las hojascas de piedra del campanario en que vivían. Empezó á cesar el ruido de los talleres que de la calle subía hasta nosotros, los campesinos recogiendo sus blusas, fueron abandonando uno tras otro los campos ántes tan animados, y los expedicionarios todos que el apetito agujoneaba, fuimos bajando por tandas, perseguidos bajo las bóvedas del palacio por los últimos toques y el último eco del Ave-Maria.

Dirigímonos de allí á la Marina y á poco dimos con nuestro cuerpo en la fonda y en el comedor de ella, en donde un alegre fuego de leña que en el hogar ardía, contrarestaba la frescura de la brisa del mar y *con la salsa de nuestra hambre* hicimos honor merecido á los manjares que nos fueron sirviendo.

Por ser lo que comimos de cocina y órden genuinamente guipuzcoano y por haber conservado la lista de ello, la doy á la estampa á título de curiosidad que no á todos parecerá despreciable.

Fué así la comida:

Sopas de pan cocido¹ á la guipuzcoana y sopa de pastas.

Los tres cocidos.² Cocido de alubias blancas, cocido de berza con morcilla y despojos de cerdo. Cocido de garbanzos, carne, tocino, chorizo y una enorme gallina cocida con el puchero.

Salsa de tomate y pimientos morrones.

Merluza frita.—Lubiná la vinagreta.

Almejas en salsa.

Jamon con tomate.

Cordero asado.—Capones asados.

Ensalada de berros.

Flan de leche.

Queso de Idiazabal,³ nueces, pasas, almendras.

(1) La sopa de pan á la usanza de Guipúzcoa se hace cociendo en el caldo el pan especial que se amasa y cuece con este objeto y que es muy dorado.—Nota para los no guipuzcoanos.

(2) Otro uso guipuzcoano.

(3) Paréceme oportuno declarar aquí, mal llamado por este nombre al queso conocido por de *Idiazabal*: debería llamarse queso de *Urbia*. (Ur-bia=dos aguas) pues son los pastores de este pueblo de la sierra quienes lo fabrican y apacentan sus ganados en sus sierras, si bien el mercado de estos quesos se hace

Naranjas, manzanas.

Pastas.

Almíbares de Vitoria.

Todo ello con Jerez y vino tinto de Navarra.

Un detalle en honor de un estómago. Hubo quien despues de absorber estos elementos de un banquete pantagruélico y llegada la hora del queso, tuvo el valor de dar voces de hambriento pidiendo que le dieran ¡pan! Se le dió pan y un abuchéo general, pero mi venganza no llegará hasta revelar su nombre en estas páginas.

Concluida la comida se nos sirvió el café, los licores y el tabaco, y entre las bocanadas de humo de nuestros cigarros, se cantó todo el repertorio euskaro, desde el *adios* hasta el *Gernikako arbola* de Iparragirre pasando por el *Iru-damacho* y el *Pello-Josepe*.

Ibamos á pasar por el *cuarto de hora de Rabelais* cuando nuestro hostelero nos sorprendió con la noticia de que todo aquel festin habia sido obsequio de J. E... uno de nuestros comensales que entonces mandaba interinamente el *Tajo* y que con esta esplendidez coronó las amabilidades que en todo aquel día le merecimos.

Bajamos á la Marina, en donde por cierto asistimos al bautizo y bendicion de una trainera nueva, destinada á la pesca de altura. Es uso establecido que la primera merluza que cojan los tripulantes de la lancha, pertenece de derecho al sacerdote que la bendijo.

Poco despues de este incidente, tomábamos á pié el camino delicioso que de Fuenterrabía conduce á Irún.

Al atravesar los campos, los labradores habian vuelto á sus faenas. Hombres y mujeres se dedicaban á ellas con igual ahinco, y ese espectáculo me trajo á la memoria lo que A. de Laborde decia á principios del siglo y que copio textualmente.

«Las campesinas jóvenes de esta parte de Guipúzcoa, son muy viarachas y agradables; trenzan sus cabellos y los adornan de cintas, sus trenzas les caen á lo largo de las espaldas, y llevan en la cabeza un velillo muy ligero de muselina que las ondea sobre la nuca.¹ Llevan

en Idiazabal y de ahí les viene el nombre de que gozan. Urbia es la divisoria de las aguas que van unas al Ebro como las aguas de Araya y otras al Cantábrico. Está situado en los montes que dominan el llano de Alaba.

(1) Debía ser una especie de *mešana* como la que hoy usan nuestras amas de cría ó *iñures*.

collares de coral y zarcillos ya de oro ya de aljofar. Su vestir ordinario lo forma un corpiño de mangas estrechas...» Hasta aquí, Mr. de Laborde. *Debe suponerse*, aunque nada nos diga de el resto del traje, que este no se componia del único *elemento* que nos describe.



A la caída de la tarde llegábamos á Irún, en donde saludamos á varios amigos.

A la noche volvíamos al país de las galernas (a) San Sebastian, muy satisfechos de nuestra expedición y encontrando delicioso, cómodo y hasta lujoso nuestro material de vías férreas que procuró descanso á nuestros huesos fatigados por la marcha.

ADOLFO MORALES DE LOS RÍOS.

